

TESTIMONIO

INTELECTUALES, SOCIEDAD Y PODER EN LAS ANTILLAS HISPANOHABLANTES

PEDRO L. SAN MIGUEL*

*Departamento de Historia-Universidad de Puerto Rico
Profesor-investigador visitante en el Instituto Mora*

Abstract

This research examines the role of intellectuals in the Spanish-speaking Antilles: Puerto Rico, Cuba and the Dominican Republic, in the contemporary period. Using Edward Said's seminal work *Representaciones del intelectual* (1996) as a starting point, this paper discusses the relationships between Cuban, Dominican and Puerto Rican intellectuals with the spheres of power, in their role as discursive mediators between society and the State, and also in the development of public debates. In this respect, the article proposes that in each of these countries a different model operates, with regard to the role the intellectuals play in their society. Each of these three models implies a particular relationship of the intellectual with power, and specific forms of public action (or lack of it).
Key words: Puerto Rico; Cuba; Dominican Republic; Society; Intellectual; Power.

Resumen

En este trabajo se examina el papel de los intelectuales en las Antillas de habla española: Puerto Rico, Cuba y la República Dominicana, en la época contemporánea. A partir de los argumentos de Edward Said en su obra *Representaciones del intelectual* (1996) se discuten las relaciones de los intelectuales cubanos, dominicanos y puertorriqueños con las esferas de poder en su papel de mediadores discursivos entre la sociedad y el Estado, al igual que en el desarrollo de los debates públicos. Al respecto, se propone que en cada uno de estos países impera un modelo diferente en cuanto al papel de los intelectuales e implican una particular relación de los intelectuales con el poder y formas específicas de actuar (o de no actuar) públicamente.
Palabras clave: Puerto Rico, Cuba, República Dominicana, sociedad, intelectuales y poder.

* Apartado 23350, San Juan, Puerto Rico 00931-3350.

INTELLECTUALS, SOCIETY AND POWER IN THE SPANISH- SPEAKING ANTILLES

PEDRO L. SAN MIGUEL

*Departamento de Historia-Universidad de Puerto Rico
Profesor-investigador visitante en el Instituto Mora*

Résumé

Nous examinons dans ce travail le rôle des intellectuels de la période contemporaine dans les Antilles hispanophones: Porto Rico, Cuba et la République Dominicaine. A partir des arguments avancés par Edward Saïd (“Representaciones del intelectual”) – (“Représentation de l’ intellectuel”) (1996)– on confronte les relations des intellectuels avec les sphères du pouvoir, ans leurs rôle de médiateurs/interlocuteurs entre la Société et l’Etat, ainsi que dans le développement des débats publics. Dans chacun des ces trois modèles implique une relation particulière entre les intellectuels et le pouvoir et leurs formes spécifiques d’ agir (ou non) publiquement.

Samenvatting

Dit werk analyseert de rol van de intellectuelen in de hedendaagse geschiedenis in de Spaans sprekende Antillen: Puerto Rico, Cuba en het Dominikaans Republiek. Gebruik makend van de argumenten van Edward Saïd in zijn werk Representaciones del Intelectual (1996) wordt de relatie tussen de de Cubaanse, Dominikaanse en Puertorrikeinse intellectuelen en de macht geanalyseerd. Het betreft hier de rol die ze vervullen als discours bemiddelaars tussen de maatschappij en de Staat, zoals ook de ontwikkeling van het publiek debat. Het blijkt dat ieder van deze landen een eigen model heeft qua rol van de intellectuelen in de maatschappij. Elk van deze modellen houdt in een specifieke relatie van de intellectuelen met de macht en de publieke uitdrukkingsvormen hiervan.

LA CONDICIÓN INTELLECTUAL*

Un "cara pintada" es un simulacro que legitima un discurso de autoridad y poder

Andrés L. Mateo

La crisis de paradigmas de la parte final del siglo xx ha generalizado los cuestionamientos en torno a las categorías epistemológicas, ideológicas y políticas que empleamos al abordar la realidad. Asimismo, ha implicado una reflexión relativa a los sujetos que generan esos saberes y que abarca tanto a las instituciones desde las cuales se produce el saber, incluyendo las instituciones estatales —la universidad y la escuela, entre otros, pero también los organismos policíacos y carcelarios—, como a las disciplinas académicas y las prácticas heurísticas a partir de las que se genera el mismo.

Todo ello remite a los intelectuales, quienes individual o colectivamente producen el saber en sus dimensiones más concretas y específicas. (Dejo de lado las discusiones que tratan la *función autorial* y la *desaparición del autor* abordadas, entre otros, por Michel Foucault, Roland Barthes, Jean-François Lyotard y Jacques Derrida.) Debido a que la producción del saber está enmarcada en redes de poder, la cavilación respecto a la *condición intelectual* nos lleva directamente a la relación de los intelectuales con los poderes concretos que operan en la sociedad. Por supuesto, debatir esta cuestión en todas sus dimensiones excedería por mucho este limitado espacio. Así que apenas pretendo hacer algunos señalamientos como trasfondo a un modesto ejercicio comparativo sobre la condición de los intelectuales en la República Dominicana, Puerto Rico y Cuba.

* Trabajo presentado en el VII Congreso de la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe, celebrado en Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, México del 26 al 28 de abril de 2000. El ensayo está basado en una serie de artículos publicados en la sección cultural del periódico *El Siglo*, de la República Dominicana, entre el 23 de enero y el 27 de febrero de 1999. El autor agradece a Diógenes Céspedes, editor de dicha sección, la oportunidad que le ha brindado de colaborar en ella.

Pero, ¿qué es un intelectual y cuáles son sus funciones? Tomo como referencia el libro *Representaciones del intelectual* (1996; ed. original en inglés de 1994), de Edward Said, quien parte a su vez de la noción de Antonio Gramsci de que el intelectual ocupa “un papel público específico en la sociedad”, definido por su facultad de “representar, encarnar y articular un mensaje, una visión, una actitud, filosofía u opinión para y en favor de un público”. Según Said, el intelectual por antonomasia “le habla claro al poder” desde una postura crítica, por lo que está “dispuesto a mantener una disputa... con todos los guardianes de la visión o el texto sagrados”. Por eso, considera que el intelectual debe operar desde una posición “laica” o “secular”, es decir, no comprometida con ningún dogma o fe religiosa, política o de cualquier otra índole. Incluso, aboga por la libertad de los intelectuales respecto de los “sistemas” y los “métodos” a partir de los cuales se genera el saber, los que, al igual que los poderes factuales, aprisionan al intelectual, convirtiéndolo en “una institución” o “en una especie de autómeta”.

Al actuar “pendiente de [su] amo” —sea éste el Estado, la disciplina académica o cualquier otro mecenas o regente suyo—, el intelectual termina convirtiéndose en un “discípulo” o un “acólito”. Convertido en tal, con frecuencia hace suyo el lenguaje del poder, ese “lenguaje político” que, en palabras de George Orwell citadas por Said, “responde a la intención de hacer que las mentiras parezcan verdades y los asesinatos acciones respetables, y de dar una apariencia de solidez al puro viento”. En este sentido, el poder y la autoridad —proviengan u originense donde sea— son “dioses que siempre defraudan”. Defraudan al menos la función del intelectual que pretende ejercer su cometido desde una perspectiva poco complaciente, capaz de dar voz o representar a un público que no sea el poder.

Dado que el poder es ubicuo y tiende a saturar casi todo lo que hacemos, coarta el ejercicio de los intelectuales, no existe una alternativa simple que nos garantice esa autonomía para sostener un rol crítico. El mismo Said, no obstante que recalca la función contestataria del saber y de la cultura, reconoce que usualmente la relación entre los intelectuales y el poder es mediada por los atractivos materiales o de otro tipo que ejerce éste sobre

los primeros. Porque, en efecto, el poder atrae, seduce, genera la más feroz adicción, infinitamente más poderosa que cualquier proclividad, por desmesurada que sea, a la riqueza, el sexo, la droga, el alcohol o el chocolate. No hay, pues, respuestas fáciles.

Mas las limitadas y reducidas alternativas deben ser ponderadas si se aspira a mantener una genuina capacidad analítica frente al poder y a los saberes dominantes. Sólo así parece posible, en el mundo brutal en que vivimos —de cuya brutalidad no poca es responsabilidad del poder—, evitar ponernos al servicio del Leviatán, cuyos organismos, instituciones y saberes pretenden adueñarse del productor de sentidos, del creador de representaciones, para convertirlo en un servidor suyo, transformándolo en uno más de sus simulacros de autoridad, con lo que el intelectual termina siendo otro obediente y eficaz “cara pintada”.

LA CONDICIÓN INTELECTUAL EN PUERTO RICO

¿Cuál es la condición de los intelectuales en la isla de Puerto Rico? Son escasas las reflexiones sobre la producción del saber, y sobre las funciones y la sociología de los letrados, por lo que me circunscribo a unas apreciaciones basadas en mi participación en los círculos intelectuales del país. En alguna medida, esto se puede comparar con las notas de campo de un etnógrafo; la trampa de la analogía estriba en que yo formo parte de los “nativos”.

Como sector, los intelectuales puertorriqueños operamos en un medio menos restringido que en la República Dominicana y Cuba; no obstante, hay variaciones significativas. La incorporación a los organismos culturales del país, sobre todo a las universidades y ciertas instituciones estatales, entre ellas el Instituto de Cultura Puertorriqueña, permite una existencia medianamente decorosa, aunque para muchos no es particularmente holgada. Mas, en comparación con el intelectual típico en Cuba y la República Dominicana, se cuenta con algunas ventajas materiales; estas diferencias, por supuesto, reflejan las condiciones imperantes en cada uno de los tres países.

Si bien hay excepciones —escasas, por cierto— la universidad constituye el principal medio de vida del intelectual

puertorriqueño, por lo que una parte significativa de nuestro tiempo transcurre entre la tiza y el pizarrón. Esta situación, que deja un lastre de agotamiento y que restringe el tiempo para investigar y crear, no es, por otro lado, un factor totalmente negativo, ya que nos mantiene en contacto con un determinado público compuesto por los estudiantes. Este vínculo con el estudiantado permite, además, mantener abiertos canales de comunicación con otros sectores de la sociedad, lo que de otra forma sería más difícil de lograr, sobre todo si se considera que el intelectual en Puerto Rico padece de un aislamiento respecto de la mayoría de la población.

Si nos atenemos al criterio de Edward Said, de que la esencia de la *función intelectual* estriba en mantener una disputa con el poder, lo que implica participar del debate público, vemos que la intelectualidad puertorriqueña ha sido marginada de áreas en las que sería deseable contar con una presencia suya más perceptible. Como los presos y los locos, los intelectuales hemos sufrido ese *gran confinamiento* al que se refiere Michel Foucault. Enclaustrados en la "casa de estudios", la Universidad, se nos han cortado muchos de los hilos comunicantes con el resto de la sociedad. En el sentido más literal, se nos ha *encerrado* en el mundo de la academia, lo que limita nuestra capacidad de formar parte *audible* de las voces que se expresan en torno a las cuestiones que competen al conjunto de la ciudadanía.

A pesar de que el clima de libertades públicas, si bien no es perfecto, teóricamente permite la libre expresión, asombra la escasa presencia de los intelectuales en la prensa escrita. Esto es resultado de la comercialización de los medios de comunicación, por lo que la prensa se ha convertido en un apéndice del mercado; por ende, la prensa es mezquina con su espacio y, salvo contadas figuras, ofrece pocas oportunidades para que los intelectuales participen del debate público. Comercializada y politizada en el peor sentido de la palabra, sus páginas se concentran en publicar lo que se vende, ya sea el mayor "centro comercial del Caribe", el último chisme político, el ídolo artístico de moda, el detergente que menos daña "sus manos y su ropa", o el asesinato callejero de "Pepe Cucharilla". La banalidad —unas veces populachera, otras de un esnobismo igualmente trivial— predomina en los medios de comunicación.

A pesar del confinamiento, los intelectuales hacen esfuerzos por participar en las discusiones públicas. En diversas revistas y publicaciones se debaten cuestiones como las políticas estatales y las implicaciones políticas de los saberes. También se realizan investigaciones que conllevan una interacción con comunidades o grupos sociales determinados. No obstante, como esos religiosos que van de puerta en puerta en su labor proselitista, las más de las veces hablamos y escribimos para los “hermanos de fe”, para el reducido grupo de iniciados que ya comparten nuestras creencias. Por eso, las discusiones son restringidas y suelen circunscribirse, cuando efectivamente se dan, a los espacios universitarios y académicos.

Y es que, de manera paradójica, a los poderes no les interesan las opiniones y las posiciones de los intelectuales, por lo que pueden darse el lujo de ignorarlos. A los empresarios sólo les preocupan como objetos, como instrumentos que utilizan a su gusto: para administrar una entidad de escaso presupuesto, para escribir alguna obra laudatoria de un potentado o una empresa, o para producir exhibiciones u obras artísticas de ocasión. El Estado ignora mucho más olímpicamente a los intelectuales. Así que, la relativa autonomía que disfrutamos personalmente se traduce, colectivamente, en una separación abismal entre los poderes públicos y los intelectuales. Irónicamente, en Puerto Rico, poco parece importar que se le hable al poder, ya que las palabras —a veces hasta los gritos— quedan encapsuladas en una burbuja que, como un hoyo negro sideral, no las deja escapar.

LOS INTELECTUALES EN CUBA

...esos días fueron como el Juicio Final porque a cada uno se le daba lo suyo: a unos castigos, y a otros premios
Fina García Marruz, citada en Ernesto Cardenal, *En Cuba*

Si en Puerto Rico la relación de los intelectuales con el poder estatal es mediada por organismos como la Universidad, que en la práctica permiten una gran autonomía desde la perspectiva de sus opiniones y sus posiciones epistemológicas, en Cuba la

situación tiende a ser significativamente distinta. En la Antilla mayor, los intelectuales viven a la sombra de un Estado que se deja sentir en todos los ámbitos de la vida cotidiana, y así sucede en el mundo del saber. Porque si el poder es saber, en Cuba esa ecuación existe potenciada a la máxima expresión.

La situación de los intelectuales en Cuba hay que ubicarla en el contexto de la Revolución triunfante en 1959, que se definió con base en dos ideologías fuertes: el socialismo y el nacionalismo. Y ambas confluyeron en su decidida oposición al imperialismo estadounidense, que hasta entonces había señoreado de manera irrestricta el continente americano. Acosado por el imperialismo, el régimen revolucionario estableció medidas de excepción para enfrentarlo. La sociedad tuvo que adoptar una lógica de la guerra, en la que los mandos fueron centralizados, y en donde los sectores comprometidos con la Revolución —que eran sin duda la inmensa mayoría— tuvieron que adaptarse a esta condición.

Los intelectuales asumieron —o les fue exigida— su cuota de sacrificios. Comprometidos con la construcción del socialismo y con la lucha en contra del imperialismo, fueron uno de los sectores cruciales en la creación de una ideología nacionalista que, como toda ideología nacionalista, requería la aceptación de una serie de dogmas y creencias incontrovertibles. Elemento central de la misma es la sinonimia entre el Estado y la sociedad, que en la práctica se tradujo en una suplantación, en la que el Leviatán se erigió como el único e imperativo intérprete de Cuba y de lo cubano. Convertida en ideología oficial, poco podían hacer los intelectuales para cuestionarla.

“Dentro de la Revolución todo, fuera de la Revolución nada”: ésta es una consigna reiterada una y otra vez, y que refleja la posición oficial respecto de los intelectuales. Es decir, el poder escucha a los intelectuales, pero sólo si éstos coinciden con las fórmulas y las prescripciones que se les ofrecen. La palabra y los saberes se valorizaron, por lo que el Estado creó nichos en los cuales los intelectuales podían operar, incluso en algunos contextos con cierta autonomía. Algunos de esos organismos alcanzaron un genuino renombre; Casa de las Américas se convirtió en una de las entidades culturales más prestigiosas del continente. No obs-

tante, los intelectuales han contado con escasísimas posibilidades para “hablarle claro al poder”, como propone Edward Said. Carentes de canales de comunicación con la sociedad civil realmente autónomos, la gestión intelectual quedó supeditada a la recreación —casi escribo a la repetición— de las consignas oficiales. Saber de tipo demostrativo, sus premisas éticas, estéticas y epistemológicas son generadas no por los intelectuales sino por el poder. Así, el pasado fue reformulado de manera que el liderato político cubano del presente quedara emparentado con los héroes de las luchas independentistas del siglo XIX; de tal manera se construyó —en palabras de Juan Carlos Quintero— “un desfile de heroicidades de bronce insidiosamente refulgentes”. Como en toda escritura sagrada, en esos relatos la vida debía “confirmar la escritura”.

Paradójicamente, la intelectualidad cubana terminó jugando un doble papel. En el contexto internacional, eran los adalides de una nueva sociedad, fungían, pues, como los “intelectuales orgánicos” de posturas reivindicativas, contestatarias, como los adelantados de un *orden nuevo* de justicia y solidaridad. Pero, por otro lado, en el ámbito interno hacían de intelectuales orgánicos de un régimen político que veía con malos ojos la disidencia, la falta de homogeneidad en las opiniones y las propuestas que se distanciaban de la verdad oficial. Existen, por supuesto, intelectuales cubanos que han repudiado esta última postura, por lo que han terminado en el exilio o marginados de los círculos oficiales. Muchos se han resistido a convertirse en cómplices de las medidas burocráticas que conducen a la persecución o a la vejación de sus colegas, lo que les acarrea no pocos riesgos.

Todo este drama nos remite a otra de las cuestiones que, según Said, constituye uno de los grandes dilemas del intelectual, quien se encuentra “acosado e implacablemente desafiado por el problema de la lealtad”. No es ésta una disyuntiva de fácil solución para los pensadores cubanos, la mayoría de los cuales, seguramente, han apoyado las causas del socialismo y el nacionalismo genuinamente convencidos de que en ellas encontrarían las respuestas a los angustiosos asuntos que por décadas han gravitado sobre Cuba. Sin embargo, hoy quizá sea necesario plantearse si, traducidas por el poder y sólo desde el poder, ellas se

han convertido en otra de sus trampas, en otra de las maneras en que el poder defrauda a los intelectuales.

LA CONDICIÓN INTELECTUAL EN SANTO DOMINGO

Prefiero... ser un fracasado a ser un cómplice
Ricardo Piglia, *Respiración artificial*

Desde él, a su favor, al margen suyo o contra él, históricamente la condición intelectual en América Latina y el Caribe ha dependido de la ubicación respecto del poder. Más aún: ese posicionamiento ha dotado de identidad a los intelectuales. Ya que en los países latinoamericanos y caribeños el Estado ha asumido un papel "civilizador", resulta inevitable que los intelectuales adopten ante él posturas de apoyo y colaboración, o de crítica y rechazo. Ha habido, pues, un espectro amplio de posiciones: desde el respaldo incondicional y servil hasta la oposición más absoluta y radical. No hay consenso ni unanimidad posible.

Precisamente, uno de los rasgos predominantes de la tradición intelectual dominicana es su relación con el poder, la cual se asocia con esa venerable —por lo antigua, no necesariamente por lo noble— costumbre latinoamericana y caribeña. Esto no tiene nada de excepcional ni de sorprendente. Lo que resulta significativo es que esa relación se mantenga vigorosa, mientras que en otros países se ha debilitado. Todavía es usual que diversos intelectuales ocupen cargos en el Estado o que sean nombrados para encargarse de puestos diplomáticos o consulares. Es decir, el Estado ve a la intelectualidad como una fuente potencial de funcionarios y representantes, por lo que es común que algunos de ellos "aspien" a algún "carguito".

Esto es especialmente entendible —no digo que justificable— dada la precariedad material de las instituciones donde laboran buena parte de los intelectuales. A diferencia, por ejemplo, de Puerto Rico, donde mal que bien el mundo universitario permite la supervivencia de los intelectuales, en Santo Domingo esta alternativa apenas garantiza un ingreso exiguo, haciendo del pluriempleo algo imprescindible. La precariedad material del mundo

universitario y de las instituciones culturales produce una intelectualidad que, por necesidad, debe refugiarse en el Estado. Dependiente de él de manera directa, sin mediaciones institucionales, el intelectual termina atado a una relación de clientela con el poder, lo que permite a éste recurrir a ellos para definir y delimitar sus políticas.

Convertidos así en agentes de su razón instrumental, los intelectuales tienden a perder la capacidad y la voluntad de debatir con el poder. Embotadas sus potencialidades reflexivas y enmohecidas sus armas ideológicas, las representaciones del intelectual se transforman en un haz de luz que, como los juegos lumínicos de una casa de espanto, en vez de alumbrar producen imágenes sombrías y tenebrosas. Ya su saber no tiene como objeto iluminar, sino esconder, distorsionar o mostrar sólo determinados rostros del poder; a veces, el saber funge como aliado del terror. Desgastado de tal forma su "espíritu de oposición", el intelectual pierde, como dice Edward Said, la facultad para "desenterrar lo olvidado, establecer relaciones que [son] negadas, señalar cursos alternativos de acción". Su saber y sus representaciones se degradan. Como fotuto o marioneta del poder, el intelectual recurre —añade Said— a las "fórmulas fáciles", a los "clisés estereotipados" y, lo que es más inquietante y perjudicial, a "las confirmaciones tranquilizadoras o acomodaticias" sobre lo que dicen y hacen los poderosos. Dispuesto a "*querer* afirmar eso en *público*", ¿qué queda entonces del intelectual? Lo que es una forma gentil de preguntar: ¿para qué sirve?

Porque, parafraseando a Edgar Allan Poe, "la senda de la razón" de Estado está formada por "una infinita serie de engaños". A cuestionar esos engaños se ha dedicado un sector importante de la intelectualidad dominicana, si bien sería iluso pensar que ésa ha constituido una agenda unánime. No pocos intelectuales han medrado a la sombra del poder; unos cuantos lo han disfrutado ellos mismos, mostrando en su ejercicio los peores rasgos de que son capaces quienes lo poseen. No nos llamemos a engaño: la condición intelectual de por sí no ofrece ventajas éticas. Después de todo, al intelectual no le resulta particularmente incómodo, doloroso u oneroso ser un cómplice del poder. Los diplomas, los títulos académicos, la erudición, las

cátedras prestigiosas, las doctas conferencias, las obras publicadas y los galardones obtenidos son pobres garantes de la conciencia; el *curriculum vitae* no confiere superioridad moral ni garantiza nada en ese mundo recóndito de lo que verdaderamente somos. Alienta, por ende, que existan intelectuales que se mantienen impertérritos en su disputa con el poder, y que estén dispuestos a representar a aquellos sectores cuya voz es silenciada por él. Representan una tradición intelectual que no se arredra ante la autoridad ni se acomoda a las jerarquías de la dominación.

Hoy, cuando el autoritarismo se ha quitado las botas y disimula las bayonetas mientras resurge vestido de saco y corbata sonriendo civilizadamente, y el cinismo alimentado por la razón de Estado se apodera de los otrora radicales, es perentorio (re) pensar la "condición intelectual". Hoy, cuando en aras del "progreso" los poderosos parecen dispuestos a permitir que los pobres, los trabajadores y los campesinos, sean barridos de la faz de la tierra por la ventolera neoliberal o por las aguas de un huracán, urge una agenda intelectual que refute y combata los efectos perniciosos del mercado y de aquellos designios estatales que resultan nocivos para la sociedad. Y esto supone hacerse reiteradamente esas preguntas que constituyen, según Said, "la cuestión básica del intelectual: ¿Cómo dice uno la verdad? ¿Qué verdad? ¿Para quién y dónde?".

LOS INTELLECTUALES EN LAS ANTILLAS HISPANOHABLANTES

*En la insula que os doy tanto son menester las armas
como las letras, y las letras como las armas*
Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*

En cada uno de los tres países que componen las Antillas hispanohablantes imperan modelos divergentes en las relaciones entre la sociedad, el poder y los intelectuales. En Puerto Rico, el intelectual típico es un profesor universitario. La universidad ofrece condiciones mínimas para crear, investigar y escribir; allí contamos con un espacio relativamente propio para hacer "lo nuestro". No obstante, el mundo universitario genera complacencia y

adocenamiento. Peor aún: tiende a ritualizar el saber y a domesticar la producción de sentidos; de paso, tritura la disidencia y diluye las resistencias. Con frecuencia, la creatividad y la investigación quedan constreñidas por rígidas disciplinas académicas que pretenden actuar como omnímodas regentes del quehacer intelectual. La rutina se vuelve el pan nuestro de cada día. La repetición de las reglas, las interpretaciones y los datos aprendidos se convierte en la norma. Así, el saber se canoniza y se vuelve celebratorio: se convoca a los intelectuales para conmemorar las efemérides, las figuras patricias (a veces, también a las "matricias") y los eventos fundacionales. Es decir, se convoca a "los que saben" para que, una vez más, repitan lo que ya se conoce. Inmerso en un mundo de rutinas, el saber queda totalmente amansado.

Mientras, en el debate público los intelectuales puertorriqueños brillan por su ausencia, aunque buena parte de la responsabilidad de que así sea recae sobre los medios de comunicación, que virtualmente los han echado fuera. Además, debido a las transformaciones sociales que ha sufrido Puerto Rico en las últimas décadas, ha ocurrido una devaluación de ciertos saberes. Hoy en día el "hombre (o la mujer) de letras" no posee el prestigio, el poder de convocatoria ni la relevancia que disfrutaba a principios de este siglo. El resultado es que el intelectual queda atrapado entre la rutina, la complacencia y el silencio.

Por su lado, en Cuba los intelectuales se encuentran en una de las posiciones más espinosas que puede confrontar cualquier sector intelectual. En primer lugar, porque la mayoría carece de medios de vida independientes del Estado. En segundo lugar, por su limitada autonomía para generar y transmitir sentidos. En Cuba existe una diversidad de organismos culturales, y la extensión de la literacia y la educación han propiciado el surgimiento de un público, es decir, de una población sensible a la producción intelectual y cultural en general. Sin embargo, la dura lucha por la existencia, en la que también están enfrascados los intelectuales, tiende a reducir sus repercusiones.

La ausencia de canales de comunicación directos, no mediados por el Estado, entre los intelectuales y la sociedad restringe todavía más su huella en la sociedad. Y no me refiero a las

figuras "oficiales", las que, como en todas partes, disfrutan de posiciones privilegiadas que les permiten tener mayor proyección. Me refiero a aquellos intelectuales que pretenden señalar vías de acción alternativas o proponer interpretaciones divergentes, e incluso a los que intentan representar no al Estado o a sus organismos, sino a los que se plantean representar a la sociedad o a sectores específicos de ella.

En ningún lugar el Estado es la sociedad, por lo que una de las principales funciones de los intelectuales es convertirse en críticos, antagonistas, adversarios y hasta opositores del Estado. Que los intelectuales puedan y deban colaborar con, participar de y auspiciar determinadas políticas estatales, se da por descontado. Pero que asuman en bloque el discurso del poder, el que suele erigirse en el representante único y exclusivo de la sociedad, es cosa muy distinta. Mas ésta es, en Cuba, una distinción que el discurso oficial tiende a opacar. Carentes de una voz autónoma, mal pueden los intelectuales cumplir esa función de señalar rutas alternativas, de rescatar lo que el poder olvida o silencia, o de denunciar sus excesos y errores.

Finalmente, tenemos el modelo prevaleciente en la República Dominicana, donde existe un vigoroso sector intelectual que, además, mantiene una presencia ostensible en los debates públicos. Además, aquí existe una larga tradición de vinculación de los intelectuales con el poder, la que remite a otras experiencias de América Latina y el Caribe. Aunque en menor medida que en Cuba, el intelectual dominicano típico se enfrenta a una situación material de limitaciones considerables, por lo que prevalece una tendencia a buscar amparo en el Estado. Ello se debe, entre otros factores, a la fragilidad de aquellas instituciones y organismos culturales que potencialmente podrían servirles como espacios de supervivencia y de acción independiente. Por eso, quizá, es una intelectualidad políticamente más polarizada.

Como vemos, en ninguno de los tres países existe una situación idónea. En cada uno de ellos los intelectuales confrontan retos enormes que, de una u otra manera, tienden a coartar, restringir y hasta impedir sus funciones. Para ellos no existen los reinos de Jauja. Pero eso no debe extrañarnos. Precisamente, uno de los retos que confronta el intelectual en todas las épocas

es cómo insertarse en un medio que no le es totalmente favorable o que le puede resultar hasta hostil. Es reconocer, como entrevió Don Quijote al entregarle al fiel Sancho el gobierno de la Ínsula Barataria, que también en nuestras ínsulas existe una relación inequívoca —si bien problemática y conflictiva— entre el poder y esos creadores de imágenes e ilusiones que son los intelectuales.

CODA: MÁS ALLÁ DEL ORIGEN

*...jamás he de perder la esperanza de poder pensar
más allá de mí mismo y de mi origen
Ricardo Piglia, Respiración artificial*

En los países de América Latina y el Caribe todavía predomina la noción de que el intelectual debe inmiscuirse sólo en lo “suyo”, entendiéndose por tal su nación de origen. Ya que en las secciones anteriores me he referido a la condición de los intelectuales en Puerto Rico, Cuba y la República Dominicana, los tres países de las Antillas hispanohablantes, considero pertinente ubicar mis “entrometimientos” en asuntos que no son estrictamente los “míos”.

Quiérase que no, Cuba es patrimonio de todos los caribeños y los latinoamericanos. Cuba fue piedra angular de las esperanzas y los sueños que vivimos miles de nosotros a partir de los años sesenta. La Revolución Cubana contribuyó a politizarnos, ofreciéndonos un modelo o utopía. La posibilidad de crear una sociedad nueva en la que imperaran la justicia social, el respeto a la dignidad humana y la defensa de una identidad latinoamericana y caribeña que pusiera un dique a las pretensiones del imperialismo norteamericano, fueron motivos poderosos para que las jóvenes generaciones nos identificáramos con Cuba y su Revolución.

Cuba también fue vital en la forja de mi cultura caribeña y latinoamericana. Con Alejo Carpentier conocí lo “real maravilloso”; de los ensayos de Raúl Cepero Bonilla aprendí sobre el nudo indisoluble entre economía, política e ideología; gracias a las investigaciones históricas de Ramiro Guerra y Manuel Moreno Fraginals comprendí las implicaciones del complejo azúcar-esclavitud-plantación; la sabiduría y el estilo del maestro Fernando

Ortiz continúan seduciéndome; admiro cada día más la palabra sublime y el lenguaje inigualable de José Martí; el barroquismo de Lezama Lima sigue siendo un reto ineludible. Todo eso, y mucho más, se lo debo a Cuba; no sólo porque me haya proporcionado determinado saber o goce estético, sino —y más importante aún— porque en gran medida ha determinado mi visión de mundo, mi concepción de la realidad histórica, social, cultural y política, sobre todo de la latinoamericana y la caribeña. “Lo cubano” forma parte del patrimonio de miles de personas que no nacimos en la Antilla mayor; Cuba será de los cubanos, pero a fin de cuentas nos compete a muchos otros que no lo somos, al menos de nacimiento.

De la producción cultural caribeña, con ninguna he tenido una relación tan estrecha como con la dominicana. Y me refiero, sobre todo, a esa relación *dialógica* que se establece con una *tradición* intelectual. Ello responde a circunstancias muy complejas que no ameritan dilucidarse ahora. Sí puedo afirmar que, aunque con lagunas importantes, sobre la tradición intelectual dominicana he reflexionado más —no digo que mejor— que sobre la de Puerto Rico, mi país natal, o sobre la de Cuba, el país caribeño con el cual, por razones políticas, los intelectuales puertorriqueños de las últimas generaciones han tenido vínculos más estrechos. De la cultura dominicana me he nutrido tan ampliamente que resultaría superfluo hacer un inventario. Además, la historia y la sociedad dominicanas me han servido como referentes para comprender más cabalmente algunos de los dilemas fundamentales de las sociedades caribeñas. Esto es así tanto respecto de su historia económica como de la construcción de las identidades nacionales en el Caribe. Es decir, la República Dominicana me ha brindado herramientas para tratar de superar el insularismo que ha caracterizado las reflexiones que hemos realizado los caribeños sobre nuestra realidad. En virtud de ella, he podido “pensar más allá de mí mismo y de mi origen”.

Sobre el particular, debo citar nuevamente a Edward Said, quien se refiere a los fuertes nexos entre las concepciones modernas sobre la nación y las “normas dominantes” —sean éstas políticas, sociales o culturales—. De acuerdo con Said, las lealtades nacionales son otras de las cadenas que atan y constriñen

al intelectual. Por eso aboga por un sentido crítico al que no se renuncia a causa del nacionalismo. Compete al intelectual, añade Saïd, universalizar, "darle un alcance humano más amplio a los sufrimientos que haya podido experimentar una nación o raza particular, de asociar esa experiencia con los sufrimientos de otros". Ese reconocimiento de los "otros" puede levantar sospechas respecto del intelectual; puede incluso generar acusaciones de traición. Después de todo, resulta más "fácil repetir fórmulas colectivas". Pero ese reconocimiento es ineludible si el intelectual está comprometido con el principio de que sus representaciones no sean un conjunto de lugares comunes y de consignas vacuas, determinadas por un supuesto origen común, mítico las más de las veces.

Mantener una prudente distancia ante las concepciones predominantes sobre la comunidad, la identidad y el origen es otro de los aspectos que Saïd considera fundamentales para que el intelectual pueda desarrollar una labor crítica autónoma. Cómo se logra esto es una cuestión, por supuesto, que no admite fórmulas predeterminadas. Saïd propone la condición del *exilio*, no necesariamente en su sentido real —si bien tal ha sido la condición de buena parte de las voces más críticas de la intelectualidad moderna—, sino más bien en su sentido *metafórico* o *figurado*. La *condición de exiliado* —real o metafórica— posibilita al intelectual mirar a la sociedad —a la "suya" o a las "otras"— desde los márgenes. Y desde los bordes, el *intelectual exílico* usualmente es capaz de percibir relaciones y proponer alternativas que obvian quienes "nunca han viajado más allá de lo convencional y lo confortable".

E-mail: psanmig@prw.net

Artículo recibido el 19/05/01, aceptado 10/12/01